

JOSÉ MARÍA GALLARDO DEL REY, guitarrista

QUIEN identifica la guitarra con *El concierto de Aranjuez* sabe que el sevillano José María Gallardo del Rey está en el Olimpo de los grandes, a juzgar por el número de veces que ha interpretado la popular obra de Rodrigo. Aunque su extenso repertorio va más allá, gracias a su dominio del flamenco y del clásico, los dos idiomas en que se puede expresar el más español de los instrumentos. En solitario, apuesta por la Cámara, con las mejores orquestas o junto a voces como las de Teresa Berganza, Elina Garanca o Plácido Domingo.

JUAN ANTONIO LLORENTE

«La música clásica busca la tierra, el flamenco busca el aire»

–El director de un importante grupo discográfico comentaba que fuera de nuestro país, la idea de música española se reduce al *Concierto de Aranjuez*, aparte de cosas aisladas de Falla y Albéniz. ¿Qué opina?

–Habría que añadir la incorporación del fenómeno del flamenco. Porque fuera de aquí no existen etiquetas clásico-flamenco. Todo se engloba en música española. Apuntado esto, estoy de acuerdo en que, al margen del *Aranjuez*, estamos hablando del Sombrero de Tres Picos, algunas cosas de Albéniz y poco más.

–¿Internacionalmente, la música española es la guitarra?

–En muchos casos es así, por ser el instrumento que mejor retrata la esencia de nuestra cultura, al que fuera se respeta y valora mucho más que aquí. La prueba está en la presencia cada vez mayor de un público muy abierto, entendido en la guitarra. También en el hecho de que cada vez hay más generaciones de buenos guitarristas, incluso constructores, que ya no son españoles.

–La guitarra ¿es un instrumento vivo?

–Es una adolescente guapa y creciendo. Porque históricamente, como fenómeno de concierto, tiene muy pocos años. Comienza con Andrés Segovia. Antes de él, era un instrumento de cámara, por el que se interesaba un reducido grupo de aficionados más o menos ilustres. Pero el fenómeno del instrumento en expansión que llena teatros como el Carnegie Hall o la Ópera de Tokio viene a partir de Segovia.

–¿Es a él a quien la guitarra le debe estar dónde está?

–Le debe mucho a tres nombres fundamentales: Segovia, Joaquín Rodrigo y Paco de Lucía. Un compositor, un guitarrista clásico y otro flamenco. Segovia, con su impresionante carisma, abre las puertas a un público que no era guitarrista ni aficionado. Rodrigo crea un impresionante repertorio de obras para guitarra, incluyendo el título-insignia del repertorio de la música española y universal: *El concierto de Aranjuez*. Por último, Paco de Lucía, ese fenómeno de los últimos treinta o cuarenta años, supone la irrupción en los mercados de un genio, que bautiza para todo el mundo a este instrumento como guitarra española o guitarra flamenca.

–Con tantas posibilidades como maneja, que todos los auditorios le llamen para *El concierto de Aranjuez*, ¿puede convertirse en pesadilla?

–Puede convertirse quizás en algo demasiado recurrente, con el riesgo de tocarlo en posición de piloto automático. A cambio, te proporciona el recurso de seguir buscando –y encontrando– el enamoramiento en alguien que te hace





tanta compañía. Como ocurre con tu pareja, donde lo más difícil es hacer crecer la relación en el matrimonio para que no se convierta en tediosa. Como decía el escultor Manolo Hugué: “empecé enamorándome de mi mujer y he acabado queriéndola de verdad”. Eso puede pasar también con *El concierto de Aranjuez*.

–¿Tiene trucos para remozarlo?

–Constantemente introduzco cambios: digitaciones, fraseo... O en mi modo de concebir la obra. En este punto, mi faceta de compositor me permite ser más creativo a la hora de interpretar, intentando ponerme en el papel de quien la escribió. Lo cierto es que, a lo largo de los años, siento en mí una increíble evolución en el momento de tocarla. Porque esa es también una de las obligaciones del intérprete. Para mí existe un antes y un después al pasar por mis manos el “alumno más brillante” que cualquier profesor de guitarra puede tener: Paco de Lucía. Cuando tuve que enseñarle *El concierto de Aranjuez*, nadie puede imaginar todo lo que aprendí a cambio. Lo que hasta entonces veía como obra clásica española se transformó en otra,

que podía tener reminiscencias flamencas. Ahí encontré también parte de mi lenguaje.

–¿Qué le llevó a componer?

–En los últimos cien años, la guitarra vive una era de esplendor: su época dorada. Cuando celebramos el centenario de Britten recordamos que nos regaló una de nuestras obras maestras, *El Nocturnal, Opus 70*. Y ahí está el trabajo de William Walton, Villalobos, y de tantos compositores españoles. A mí me llevó la necesidad de expresarme, y ese punto lúdico que muchas veces la interpretación no me daba. Componiendo me siento como un niño con un juguete. A veces la interpretación, al sentirme portavoz del compositor, me requiere más disciplina, mientras que cuando compongo, hablo por mí mismo. Y eso es algo que me interesa cada día más.

«Fuera de nuestro país no existen etiquetas clásico-flamenco. Todo se engloba en música española»

–¿Cuándo empezó a componer?

–Mis primeros coqueteos con la composición vienen desde que, con catorce o quince años, en el instituto Murillo de Sevilla, donde estudiaba, me encargan la música para un montaje de teatro sobre *El principito*. La experiencia me maravilló. Pero siempre me ha encantado la improvisación. De pequeño decía: “voy a tocar algo en el estilo de Bach, de Giuliani, de Mendelssohn...” Me gustaba hacer esas cosas con la guitarra, y veo que ahí estaba la semilla. Pero no empecé a plantear en serio la composición hasta los veintipocos años. A partir de ahí, no he parado.

–En 1994 funda “La Maestranza”, un grupo de cámara que continúa dirigiendo... ¿sólo su propia música?

–El 90 por ciento, diría. Pero también mucha música española, que tanto nos reclaman fuera, como es el caso de Falla o Albéniz. Y como un grupo de cámara está abierto a sonoridades diferentes, hemos hecho también repertorio de los impresionistas, de Piazzolla... A decir verdad, hacemos mi música en el sentido de “la música que amo”. No sólo la que escribo, sino



la que me conmueve. Si estoy en una época *piazzollana*, esa es mi música, y la defiendo como si fuera mía. En mis etapas *albenicianas*, lo es la de Albéniz. Como portavoz del compositor, me convierto en su principal defensor.

—¿Le piden otros sus obras?

—Cada día más, y me sorprende mucho ver cómo conceptos que no estaban en mi ideario de compositor son defendidos por intérpretes que tienen una relación completamente limpia y nueva con la música. A veces digo: “No era lo que había pensado... pero ¡qué bonito suena!” Es el caso de Irina Kulikova, una

guitarrista rusa de muchísimo talento de quien me he convertido en fan. La conocí siendo una niña de sólo once años y vi que tenía un talento increíble. En el segundo encuentro llevaba para ella una guitarra Contreras, mi *luthier* favorito hasta su muerte prematura. Desde entonces, se ha convertido en una excelente concertista, tocando mi

«La guitarra es una adolescente guapa y creciendo. Como fenómeno de concierto, tiene muy pocos años»

música por todos los rincones del mundo. Me encanta escucharla, porque consigue un toque que yo no le doy. Acabamos de coincidir en Moscú. Yo tocaba un *Concierto de Aranjuez*. Un día antes, ella hacía mi *Concierto de la Eliana* para guitarra y orquesta, y es impresionante cómo lo interpreta.

—Ha colaborado con compañías de baile, y con cantantes. ¿Con cuál de las dos manifestaciones siente más a sus anchas la guitarra?

Con ambas. Durante muchísimo tiempo de la historia de la música, sobre todo de la española, ninguna de las dos disciplinas ha podido prescindir de la guitarra. Es el nexo para lo que quieren decir el bailar, bailaora, bailarín o bailarina, además de su soporte de inspiración. Y con la voz ocurre lo mismo. Para mí no se entendería un baile flamenco o un canto flamenco sin una guitarra.

—¿Dónde vende más discos?

—En Alemania, los países nórdicos... en Canadá también se consume bastante música mía. Pero sobre todo en Asia. Se nota en ediciones y reediciones. Más que en los royalties (sonríe). Porque en Oriente hay una fascinación por la guitarra española que no se encuentra en otros sitios.

—¿Dónde fue a parar el *Concierto de Toledo*, en el que colaboró con Fernando Arbex?

—Con su muerte se quedó en lo que pudo ser y no fue. Lo grabamos con la Filarmónica de Londres, pero por diversas razones, ahí está. Con las partituras editadas. Después de hablar con distintas instituciones no ha habido interés por sacarlo a la luz. Y es una pena, porque se trata de una obra muy interesante. Mi parte consistió en componer las cadencias del concierto, que luego he tocado mucho y que grabé. Mas allá de eso, no tengo otro papel que ser el intérprete del concierto que defenderé donde y cuando haga falta. ●